

# LITERATURA VITAL

Eduardo Keudell

La proximidad del Día de la Raza me tenía a mal traer. Uno es mestizo, mezcla insoportable de alemán, francés, maño e italiano, ignoro en qué orden, aunque en temperamento se diría que baturro, gracias al abuelo ateo que era una delicia blasfemando. Mi perro lobuno también es mestizo, y el pequeño, no más alto que un pollo, todo un carácter hecho de múltiples soberbias. La gata, que vino a ocupar el lugar de mi inolvidable gato-toro, muerto en accidente de tráfico, también es una mezcla de pelajes y culturas, desde la efigie egipcia hasta la pedrada hispana. Colón, la raza, el descubrimiento, el día feriado, la escarapela, en fin, me desasosiegan, porque no tengo una identidad prístina como tienen Ibarretxe o el presidente Herrera, sino una ligera idea de mí.

En la búsqueda de mi ser, me zambullí en las ciencias y subciencias sin resultado aparente, más que constatar que hay ventanas en el túnel que cada tanto se abren. Así, en el amanecer de anteayer, el cartero, que nunca llama dos veces, arrojó la correspondencia contra la puerta, con su sentido vernáculo de la praxis que tanto me gusta. Escucho a diario el golpe desde la cocina, y salgo a ver cuánto debo a la telefónica, a la eléctrica, al banco, que además me ofrece una vajilla y un secador si duplico la deuda.

Anteayer sonó distinto. En la desesperanza natural de la Región creí oír un aviso, la perspectiva de una luz, de un entendimiento, de una inteligencia. Fue la mejor mañana del calendario de este año insípido que será recordado como el año de la derrota de la gente. El sobre acolchado tenía una letra conocida que lo hacía aún más bello entre los sobres de la usura. Un libro, pero qué libro sino el libro de todos los libros, el flamante libro del maestro Antonio Pereira, *La divisa en la torre*, editado por Alianza.

¿Cómo es posible escribir tan bien? Eruditos como Gullón indagaron en la escritura de Pereira, así como la crítica en general fue y es unánime en el elogio de la maestría del cuentista villafranquino. Yo lo veo como un cuentista cosmopolita, porque detecto su luz tal cual un haz que entrase por una vidriera en la fantástica biblioteca de Babel. Me crie oyendo a Borges, leyendo a Onetti, cafeteando con

ambos en sendas entrevistas, y hasta que conocí a Pereira creía que nadie más que los rioplatenses podían resumir siglos de sociología, de psicología, de enciclopedismo, en dos folios. Considero imprescindible la lectura de Pereira, porque en estos tiempos de flaqueza identitaria, intoxicada de paradas militares y liturgias narcisistas, el escritor nos explica sencillamente qué somos y a dónde vamos, en *La divisa en la torre*, esta vez. La divisa dice: «Osar morir da la vida».